LAS SOCIEDADES DEL PALEOLÍTICO EN LA REGIÓN CANTÁBRICA

Miguel Ángel Fano Martínez (Coordinador)

Alvaro Arrizabalaga Valbuena
Javier Baena Preysler
Federido Bernaldo de Quirós Guidotti
Victoria Cabrera Valdés
Elena Carrión Santafé
M.ª Soledad Corchón Rodríguez
Jordi Estévez Escalera
Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco
Juan Carlos García Codron
Manuel Ramón González Morales
César González Sainz
Jesús Emilio González Urquijo
José Manuel Maíllo Fernández
Marco de la Rasilla Vives
José Adolfo Rodríguez Asensio
Lawrence Guy Straus
Pilar Utrilla Miranda

KOBIE (Serie Anejos). Bilbao
Bizkaiko Foru Aldundia-Diputación Foral de Bizkaia
N.º 8, pp. 29 a 50, año 2004.
ISSN 0214-7971

DE LOS PIONEROS A LOS ALBORES DEL S. XXI. MÁS DE UN SIGLO DE INVESTIGACIÓN SOBRE EL PALEOLÍTICO CANTÁBRICO

From the Pioneers to the Start of the 21st Century. Over a Century of Palaeolithic Research in Cantabrian Spain

Manuel R. González Morales (*)
Jordi Estévez (**)

RESUMEN

El texto recoge una síntesis de la historia de la investigación sobre el Paleolítico cantábrico que la sitúa en su contexto político y social. Al margen de señalarse los principales hitos de dicha historia, se indican los diferentes enfoques teóricos (o ateóricos) que han guiado esa investigación durante más de un siglo, desde el último cuarto del s. XIX, etapa marcada por la cuestión de la autenticidad y antigüedad de Altamira, hasta el presente.
Palabras clave: Región Cantábrica, Paleolítico, Historiografía, Teoría Arqueológica.

ABSTRACT

This summary of the history of research into the Palaeolithic in Cantabrian Spain, situates the research in its political and social context. As well as describing the main landmarks in the history, the different theoretical (or atheoretical) approaches that have guided the research are explained. The text covers a period of over a century, from the last quarter of the 19th Century, a time marked by the controversy over the authenticity and age of Altamira, until the present time.
Key words: Cantabrian Spain, Palaeolithic, Historiography, Archaeological Theory.

LABURPENA

Testuak Kantauri aldeko Paleolitoari buruzko ikerketaren historia laburbiltzen du, bere testuinguru politiko eta sozialean jarriaz. Historia horren mugarri nagusiak azaltzeaz gain, Altamiraren egiazkotasun eta antzinatasunaren gaiak markatuta zegoen XIX. mendetik gure egunetara datorren mende luzean zehar ikerketa gidatu duten ikuspegi teoriko (edo ateoriko) desberdinak azaltzen ditu.
Gako-hitzak: Kantauri aldeko eskualdea, Paleolitoa, Historiografia, Arkeologia-teoria.

(*) Universidad de Cantabria
(**) Universitat Autònoma de Barcelona

1. INTRODUCCIÓN

La Historia de la Ciencia ha estado condicionada siempre al devenir de la Política. Tal como pasa con los objetos, la Arqueología no puede entenderse sin colocarla en el contexto del desarrollo de los acontecimientos político-sociales. Pero en la Historia de la Arqueología ese vínculo no se limita a las consecuencias de las directrices que marcan las políticas de subvención o potenciación de la Ciencia, como podríamos pensar que pasa con otras especialidades. La interdependencia en el caso de la Arqueología es más estrecha que en muchas otras disciplinas científicas por dos razones. Política significa literalmente la actividad de regir o intervenir en los asuntos públicos. Nuestra ciencia tiene como objeto de estudio el Patrimonio histórico colectivo y por tanto trata un asunto público. Es pues en sí misma, por definición, Política. Pero además la Arqueología, y en especial la del Paleolítico ataca la raíz del Mito de Origen de la sociedad, aquel relato que se ha ido construyendo para *justificar* el presente y contribuir a la perduración de la Sociedad hacia el futuro (lo que es en definitiva el asunto político por excelencia). Se supone que la Ciencia arqueológica debería perseguir la *explicación* del devenir de las sociedades para proveer los elementos de comprensión del presente y prever el futuro. Sin embargo la diferencia entre justificación y explicación es a menudo tan sutil que es normal que desde algunas perspectivas de la Arqueología se confundan, o interesadamente se traten de difuminar, esos límites. La Arqueología en este último caso se ha transformado entonces en una Mitología, en un instrumento de propaganda política.

En definitiva la historia de la Arqueología del Paleolítico no puede ser explicada sin tener en cuenta esa vinculación y sus retroalimentaciones[1]

2. LOS PIONEROS (1876-1901)

Las excavaciones de Salvador Calderón y Arana y de Augusto González de Linares en Cualventi (1876), vinculados a la Universidad y a la Institución Libre de Enseñanza, marcan el comienzo conocido de las investigaciones sobre el Paleolítico y el Mesolítico en el Norte de la Península. No es de extrañar el temprano interés de estos dos investigadores, dado que González de Linares pasa por ser el primer cultivador y defensor sistemático de las ideas de Darwin en España (motivo fundamental por el que fue separado en 1875 de su cátedra en la Universidad de Santiago de Compostela), y ambos eran conocedores de las últimas tendencias de la investigación en Europa.

Prácticamente simultáneo es el inicio de los trabajos de Marcelino Sanz de Sautuola en Altamira y el descubrimiento de sus pinturas, mucho más sorprendente en este caso porque, a diferencia de González de Linares y Calderón, Sautuola no era un investigador profesional o vinculado al mundo académico, sino más bien un aficionado a la Historia Natural en sus diversas vertientes, al modo que se entendía en la época. No hay que olvidar que junto a sus trabajos de excavación en Altamira y en la cercana Cueva del Cuco de Ubiarco, o en la Cueva del Mazo en Camargo, fue también el introductor del cultivo industrial del eucalipto en el Norte de la Península, o que además de publicar sus célebres *Breves Apuntes*, en los que recogía sus propuestas sobre la cronología de las pinturas y grabados de Altamira, fue autor de un estudio sobre las posibilidades de desarrollar el uso industrial del gusano de seda en la zona y tuvo una vida activa al frente de la Comisión de Monumentos de Santander, aparte de sus ocupaciones profesionales. Sobre él volveremos más adelante.

En el País Vasco, los primeros trabajos en un yacimiento paleolítico de los que se tiene cuenta son los del Conde de Lersundi, P.M. de Soraluce y G. de Reparaz en Aitzbitarte, y en Asturias no será hasta las excavaciones del ingeniero Justo del Castillo en la Cueva de Collubil y en la Cuevona de Ribadesella (hacia 1890) cuando tengamos constancia de una actuación sistemática y atribución a un periodo prehistórico de estos yacimientos.

Sin duda, de todas estas actuaciones, la que alcanzó un mayor eco y trascendencia en el mundo científico del momento fue la de Sanz de Sautuola en Altamira. Siguiendo un modelo de lógica rigurosa, y con un evidente conocimiento de la bibliografía fundamental de la época (el propio término *Paleolítico*, propuesto por Lubbock, uno de los autores citados por Sautuola, tenía en ese momento pocos años de existencia), hizo una correcta atribución de sus hallazgos en las cuevas del Mazo y Altamira:

> "…De todo lo que precede se deduce, con bastante fundamento, que las dos cuevas que se han mencionado pertenecen, sin género alguno de duda, á la época designada con el nombre de *paleolítica*, ó sea la de la piedra tallada, es decir, la primitiva que se puede referir a estas montañas." (Sanz de Sautuola 1880, 20-24).

1 Aparte de las referencias incluidas en el texto de este capítulo, se pueden encontrar otras aproximaciones a los aspectos de la historia de la investigación en Díez Andreu 1993; Díez Andreu y Mora 1995; Estévez y Vila 2005; González Morales 1992; Jiménez Díez 1996; Moure y Santonja 1991.

Sin embargo, el aspecto más polémico no fue éste (refrendado y citado elogiosamente pocos años más tarde por Caltailhac en su obra *Les Ages Préhistorique de l'Espagne et du Portugal*), sino el de la asignación de las pinturas del gran techo de Altamira a la misma época, dotándolas por tanto de una autoría paleolítica. Sin embargo, el debate original sobre la autenticidad de Altamira, a la luz de los documentos de la época, parece ser bien diferente de la tradición literaria y divulgativa posterior sobre el tema. Pasemos revista con rapidez al problema.

La creación de un relato canónico

Mucho de lo escrito sobre la cuestión de Altamira al lo largo del siglo XX (y nada indica que la llegada de un nuevo siglo vaya a cambiar las cosas) parte de la creación de un relato canónico, reiterativo, que pone el acento en los aspectos más nacionalistas del tema. Veamos algunos ejemplos de cómo la introducción de las nuevas tecnologías de la información, como Internet, no mejoran mucho la situación y contribuyen a la extensión aún mayor de los errores históricos:

"Éste fue uno de los mayores descubrimientos arqueológicos de la historia. Sautuola dató las pinturas en el Paleolítico Superior, periodo magdaleniense. La élite de prehistoriadores franceses se le echó encima acusándole de falsario por decir que eran tan antiguas y le llegaron a acusar de haberlas pintado recientemente. Emìle Cartailhac fue uno de estos prehistoriadores que criticó y atacó con saña a Marcelino asegurando que el hombre prehistórico no tenía la técnica suficiente para realizar unas pinturas tan perfectas como las de Altamira, además, el colorido no podía ser tan nítido después de tantos años. Sólo un científico defendió la tesis de Marcelino sobre la antigüedad de las pinturas, fue el geólogo español Juan Vilanova. Ambos sufrieron enormemente las burlas y ataques de los científicos franceses y algunos españoles." (http://www.cossio.net/actividades/pinacoteca/p_01_02/altamira.htm)

Pero también desde el propio campo de la historiografía tradicional de la Prehistoria se ha contribuido a difundir la misma visión. Véase, si no, este ejemplo notable de una reputada personalidad en el campo del estudio del arte paleolítico, y además francés:

> "La niña acababa de descubrir el gran techo pintado de Altamira, con su retozona cohorte de bisontes y Altamira entra en la Historia. El genial acierto de Sautuola fue relacionar los sílex tallados, los arpones y las azagayas, las obras de arte mobiliario, con los bisontes policromos [sic] del techo. El profesor Vilanova, de Madrid, acepta, después de concienzudo examen, lo bien fundado de esta relación. El descubrimiento produce un pasmo extraordinario...
>
> El rey Alfonso XII visita Altamira... Pero el mundo científico se muestra reacio. En el Congreso Internacional de Lisboa de 1880,Vilanova tropieza con la incredulidad más absoluta. Los arqueólogos se niegan incluso a ir a ver las pinturas. El descubrimiento pasó de actualidad. En vano frecuentó Sautuola los congresos europeos para presentar fotografías de las pinturas. No logró que le escucharan y murió, desesperado, en 1888."
>
> "La hostilidad de los sabios es algo incomprensible. Hacía cerca de medio siglo que Boucher de Perthes había ganado la «batalla del Somme», obtenido el reconocimiento de la antigüedad prehistórica de los sílex tallados y logrado la admisión de su contemporaneidad con los huesos fósiles de especies desaparecidas. Édouard Lartet y muchos otros habían aportado idénticas pruebas para los depósitos arqueológicos de las grutas, pirenaicas o perigordinas. Lartet había logrado, sin dificultad, la aceptación del arte mobiliario.
>
> Era evidente el parentesco entre el arte animalista sobre hueso o sobre canto rodado y el arte animalista monumental del gran techo de Altamira. Sólo cambiaba el soporte; la inspiración era la misma. De Sautuola se vio abrumado de sarcasmos y calumnias. Se habló de «falsificación»; se acusó a los soldados romanos, en sus ratos de ocio, durante las guerras cantábricas. ¡Se sospecho que los jesuitas españoles habían pintado Altamira para desacreditar la Prehistoria!" (Nougier 1968, 7).

Curiosamente, no existe constancia alguna (sino más bien testimonio cierto de lo contrario) de que Sautuola asistiera a ningún congreso nacional o extranjero en defensa de Altamira. Su única publicación sobre el tema fueron los *Breves Apuntes*, y su presencia documentada en polémicas escritas, con su firma o bajo seudónimo, se limitan a la prensa local de Santander y Torrelavega.

Sobre lo que podemos denominar el *mito del Congreso de Lisboa de 1880* se han hecho numerosas afirmaciones del estilo de las citadas más arriba, incluso con la mención a la asistencia de Sautuola. Este punto se puede descartar por completo con sólo consultar las listas de participantes, y en cuanto a la defensa heroica por parte de Vilanova y su insistencia en llevar a los miembros del Congreso a visitar Altamira, resulta sorprendente que se haya pasado por

alto de manera sistemática una referencia casi contemporánea y muy clarificadora:

> "Uno de los autores anunciaba [en el *Impulsor* de Torrelavega] que el Sr. Vilanova presentaba a la misma hora la cueva de Altamira al Congreso antropológico de Lisboa.
> En efecto, el Congreso en el que participaban, con los Ribeiro, los Delgado y otros sabios portugueses, eminentes prehistoriadores de todos los países (…) era una ocasión única para dar a conocer aquellos hechos nuevos, aquellas observaciones sensacionales.
> Vilanova llegó con ejemplares del informe que había publicado en el gran periódico madrileño, *Illustracion* [sic], nºXXXVII, 1880. Las sonrisas que acogieron sus primeras proposiciones puede que lo intimidaran. Fuera lo que fuera, guarda durante las reuniones el más completo silencio y no insiste en el proyecto, indicado en un principio, de organizar hacia Altamira una excursión final." (Cartailhac y Breuil 1906, 6).

El otro aspecto continuamente mencionado en el relato canónico es el del desprecio o incluso los insultos de los prehistoriadores franceses -personalizados por lo general en la figura de Cartailhac. Sin embargo, una lectura atenta de *Les Ages Préhistorique de l'Espagne et du Portugal* (1886) revela un elevado aprecio y respeto de Caltailhac por las investigaciones de Sautuola, hasta el punto de que es uno de los únicos cuatro españoles citados en el prólogo de su obra, a los que presenta su agradecimiento, situando a Sautuola en el grupo de los científicos de primera línea del momento:

> « Parmi les compatriotes de Casiano de Prado je dois citer avec gratitude MM. D. Juan de Vilanova y Piera, F. Tubino et de Sautuola » (Cartailhac 1886, xxxv).

Respeto que hace patente al mencionar Altamira entre los dos únicos yacimientos comparables a los del Magdaleniense francés, y el honor de que Fischer, uno de los principales biólogos marinos de la época, bautizara con su nombre la nueva variedad de lapa pleistocena definida a partir de los ejemplares de Altamira:

> « Enfin, dans ces derniers temps on a signalé deux cavernes plus importantes que celle de la Peña de la Miel et dont le dépôt es plus nettement comparable à celui de nos gisements madeleiniens. Malheureusement, elles sont toutes deux dans les Pyrénées espagnoles, l'une au-dessus de la chaine à Santander, l'autre au-dessous à Gerone ;[…]
> La grotte d'Altamira, dans la commune de Santillana del Mar […] M. de Sautuola y a pratiqué des fouilles heureuses en 1875, surtout en 1879. M. Edouard Harlé, ingénieur des ponts et chaussées, l'étudia en 1881. […]. Ce sont les plus grands spécimens connus de cette espèce [*Patella vulgata*], et M. Fischer, du Muséum, a cru juste de créer pour elles la variété *Sautuolai* » (Cartailhac 1886, 39-40).

El relato canónico opone la perfidia francesa y su negativa a aceptar la autenticidad de Altamira al apoyo de los investigadores españoles, encarnado por la desinteresada entrega de Juan de Vilanova. Sin embargo, la documentación muestra que hubo adhesiones y rechazos por ambas partes, y que el problema de Altamira, a menudo contemplado como algo cerrado en sí mismo, no era sino una parte de un debate de trascendencia científica, pero también política, mucho más amplia. La posible cronología paleolítica de las pinturas de Altamira contó con una temprana aceptación por parte de Henri Martin y de Édouard Piette en Francia, y Juan de Vilanova y Augusto González de Linares en España; y efectivamente con el rechazo de los franceses Harlé, y sobre todo Mortillet, pero también con el de numerosos autores españoles comisionados para el estudio de Altamira o interesados en el tema (Quiroga y Torres, Lemus, Puig y Larraz…).

Caben pocas dudas de que, entre otros aspectos relacionados con la mentalidad y la sociedad de la época (ver un tratamiento *in extenso* en Estévez y Vila 1999), el gran debate entre el naciente evolucionismo darwiniano y la doctrina creacionista de la Iglesia católica tuvo un papel central en la cuestión de Altamira. Cartailhac era un reconocido *transformista* (por usar la nomenclatura de la época), y así aparece citado por sus contemporáneos:

> « Tout d'abord, M. Cartailhac se déclare transformiste. On sait bien que je ne le suis pas; et j'ai trop souvent développé ailleurs les raisons qui me font repousser cette doctrine séduisante, pour y revenir ici. Mais du moins M. Cartailhac a échappé au piège que cette théorie tendait á ses partisans, et dans lequel sont tombés bien des hommes éminents et Darwin lui-même. Il reconnaît que l'étude du développement doit faire repousser toute idée de parenté directe entre l'homme et les anthropoïdes. Ces deux types ne sont pour lui que des collatéraux remontant à des ancêtres inconnus, que sans doute il regarde comme n'étant encore ni hommes ni singes. Il abandonne ainsi l'école de Haeckel pour celle de Carl Vogt, bien plus logique et bien plus d'accord avec les principes professés

par Darwin dans son livre sur l'espèce. » (Quatrefages 1886, xii).

Por contra, Juan de Vilanova era ferviente creacionista, con una actitud militante en sus obras escritas y conferencias, y sus ideas fueron inequívocamente expuestas por él mismo:

"Todas las pruebas objetivas, científicas, confirman el dogma que como sincero católico profeso. En los puntos cardinales de la creación, la ciencia y el dogma se hallan en perfecto acuerdo y admirable armonía y concierto."

Admitir la evolución "… nos llevaría hasta el extremo *incalificable* de que el hombre reconociera al mono por ascendiente."
"Sin desconocer que existen autoridades respetabilísimas por su profundo saber, (Lamarck, Darwin y otros) que admiten una creación única que ha ido modificándose a compás de la sucesiva evolución de la materia mineral hasta llegar al hombre, nos complacemos, sin embargo, en consignar que la inmensa mayoría está por diferentes creaciones independientes de seres que aparecieron y dejaron de existir en cada terreno; hallándose en este punto completamente de acuerdo con la relación mosaica, pues no sólo se refiere ésta a creaciones diferentes, sino que el orden con que Moisés las indica coincide exactamente con lo que la ciencia ha podido descubrir, en virtud de la más asidua exploración, en la inmensa serie de los terrenos de sedimento." (Vilanova 1872).

En ese contexto del "miedo al mono", como gráficamente definió Caro Baroja (1976), la cuestión del descubrimiento de Altamira podía interpretarse como una prueba inestimable de la creación de la raza humana con todas sus potencialidades, incluida las más altas como la expresión artística, desde sus mismos comienzos. La caverna de Santillana se situó en el centro mismo de una polémica mucho más amplia, donde el debate sobre la evolución frente a la creación, o los conceptos mismos de primitivismo y arte que se manejaban en la época tuvieron un papel decisivo. La no aceptación de Altamira tuvo que ver más con esos aspectos que con la manida idea de "chauvinismo" francés.

Y si alguien se sorprende de la virulencia de la discusión sobre estos temas, baste recordar su relación con un acontecimiento político de gran calado que afectó de manera directa a uno de los más destacados pioneros de la investigación prehistórica cantábrica. El desarrollo de las actividades científicas tuvo que vencer la resistencia de la Iglesia Católica a la modificación de las concepciones educativas. Un buen ejemplo de este hecho lo protagonizó Augusto González de Linares, cuando en 1875 expuso abiertamente en su cátedra de Ampliación de Historia Natural de la Universidad de Santiago las tesis darwinistas, dando origen a la famosa circular del ministro de Fomento, Manuel Orovio, en la que se prohibía la libertad de cátedra para impedir la explicación de estas teorías evolutivas, provocando la denominada «segunda cuestión universitaria", antecedente inmediato de la creación de la Institución Libre de Enseñanza. El control de la investigación prehistórica por parte de la Iglesia se hizo efectivo por esta y otras vías, como señala Ignacio Peiró:

"en un país sin pluralismo religioso y sometido a los dogmas católicos las relaciones entre la religión y la arqueología fueron de una simpleza emasculatoria: las jerarquías eclesiásticas establecieron los puntos a tratar y nuestros arqueólogos pioneros prehistoriadores no dudaron en acatarlos". (Peiró 1988, 44)

Estévez y Vila (1999) han abordado ese papel determinante de la Iglesia en el curso de la investigación sobre el Paleolítico peninsular, mostrando la actividad directa de la jerarquía o las normas emanadas de diversas instancias, y de manera singular en el Congreso Católico Español de Sevilla (1893), donde, por cierto, la conferencia más relevante fue impartida por Juan de Vilanova. Fruto de ello fue la notable presencia de clérigos españoles y europeos en la dirección de las investigaciones de la época (Breuil, Obermaier, Bouyssonie, Sierra, Carballo) en la etapa siguiente, la del mayor florecimiento de hallazgos y primeras grandes síntesis.

3. LA "EDAD DE ORO"(1902-1925)

La polémica de Altamira y sus consecuencias rompieron de hecho la continuidad de las investigaciones en Cantabria, a falta de una institución regional que mantuviera una línea de trabajo sistemática. Hay que esperar prácticamente a los comienzos del siglo XX para encontrar un nuevo periodo de actividad regular, de la mano de Hermilio Alcalde del Río y Lorenzo Sierra, ambos ligados a la enseñanza no universitaria, como resultado de la visita de Cartailhac y Breuil a Altamira en 1902, y por encargo del Gobierno Civil (Moure 1996). Alcalde del Río y L. Sierra comenzaron a explorar y excavar yacimientos tanto en Cantabria como en zonas adyacentes; obra suya fueron los primeros hallazgos de nuevos yacimientos con arte parietal paleolítico (iniciados en Covalanas, en septiembre de 1903) o de cuevas que

luego serán claves en la investigación posterior (el ejemplo más evidente es la Cueva del Castillo, descubierta ese mismo año) (Alcalde del Río 1906; Sierra 1909). Estos autores realizaron una meritoria labor, plasmada en trabajos propios anteriores, pero sobre todo en la ingente *Les cavernes de la région cantabrique* en colaboración con H. Breuil, obra que significa de hecho el final efectivo de su papel y traspasa el protagonismo a otros investigadores (Alcalde del Río *et. al.* 1911).

Breuil, Vega del Sella y Obermaier: la definición de una secuencia regional.

Una vez superadas las dudas y escepticismos, el estudio de las pinturas se transformó en una de las primeras prioridades de la investigación prehistórica. Tal como habían temido los partidarios de las ideas transformistas, el Arte Cuaternario se podía transformar en una baza argumental para las ideas creacionistas. La escuela histórico-cultural vienesa y el pensamiento particularista iban a aprovechar esa evidencia para llevar el agua a su molino. Uno de los argumentos fundamentales de los adheridos a esa escuela antievolucionista consistía en afirmar que las sociedades más primitivas o antiguas tenían una espiritualidad equivalente o incluso más elevada (menos degenerada) que las sociedades más complejas o posteriores. Así habían ido enviando curas-misioneros-etnógrafos por todo el mundo para buscar al Dios único del monoteísmo primigenio en la ideología de las sociedades cazadoras recolectoras, como fue el caso paradigmático de Gusinde entre las sociedades fueguinas y africanas.

La alianza de la burguesía aristocratizada, los miembros del «Ancien Régime» y los representantes de la casta religiosa fueron atraídos hacia Altamira de manera inevitable, y ello culminó con el desembarco del equipo de los especialistas internacionales para el estudio de Altamira y la excavación de la Cueva del Castillo, previa firma de los contratos con el excavador original, Alcalde del Río, para financiar excavaciones en este yacimiento y en Hornos de la Peña y El Valle, con el compromiso de depositar los materiales en Santander cuando en esta ciudad se estableciera un museo arqueológico adecuado.

Cabe deducir del peculiar reparto de tareas del equipo científico que el Abate Breuil, probablemente por ser francés y tener mayor influencia sobre su patrocinador, el Príncipe Alberto I de Mónaco, no sólo se reservó el estudio de las propias pinturas y relegó a Obermaier en la parte más ardua (las tareas de campo de excavación del Castillo), sino que determinó el traslado de las colecciones extraídas a París, lo que más tarde resultó nefasto para el estudio del yacimiento del Castillo. Esta dispersión de la colección dificultó su acceso a los investigadores e impidió su estudio incluso al mismo Obermaier, tras estallar el conflicto mundial entre Francia y Alemania. Ello también explica, en parte, el efecto limitado que tuvo en Cantabria la actuación internacional. La falta de verdaderas instituciones de investigación regionales fue un condicionante, y su creación y desarrollo no fueron estimulados por la actividad de estos investigadores. La actitud de superioridad paternalista se ve clara en los comentarios personales de Breuil (Ripoll 1994) y en cómo fue apartado Alcalde del Río del equipo de investigación.

Pero dejando de lado episodios de este tipo, en el campo de la construcción de la propia disciplina científica esa política tuvo una consecuencia notable: la fijación y perpetuación de un modelo explicativo histórico-cultural, anti-evolucionista, pero además *francocéntrico* en cuanto a la secuenciación y difusión de culturas (Breuil 1912). La mejor serie estratigráfica del momento -sin duda la de la Cueva del Castillo– no sería tenida en cuenta convenientemente a la hora de elaborar la síntesis de la Historia de las culturas paleolíticas europeas.

Por otro lado, las pinturas de Altamira se presentaron recurrentemente como el ejemplo de la particularidad y superioridad de la Cultura o del círculo cultural europeos frente a otras manifestaciones plásticas de pueblos cazadores-recolectores de África o Australia (que a pesar de ser incluso más modernas no eran tan sofisticadas como las prehistóricas de las cuevas «franco-cantábricas»).

La reacción local se encastilla en una actitud dual: se admira y a la vez se envidia a los extranjeros. Esto se traduce en actuaciones como la del Padre Carballo en años posteriores, que consagró un modelo de aislamiento regional y actitudes poco científicas, en el límite entre lo grotesco y quijotesco. Ellas se ejemplifican en su re-bautismo de Cueva Morín como la Cueva del Rey (Carballo 1923) y su actitud en la visita del monarca Alfonso XIII a la excavaciones (financiadas en parte también por la aristocracia encarnada en el Marqués de Comillas).

En Asturias, la vinculación entre el conde de la Vega del Sella y la Comisión de Investigaciones Prehistóricas y Paleontológicas, que era el organismo estatal español que debía articular las actuaciones sobre los yacimientos prehistóricos, era de carácter personal. No hubo tampoco relación sistemática con la Universidad asturiana, dado que la actividad de trabajo de gabinete del Conde se desarrollaba en su palacio

de Nueva de Llanes o en los laboratorios del Museo Nacional de Ciencias Naturales, del que era profesor.

Así, el trabajo de campo decayó a partir de 1922, fecha de las casi últimas actuaciones relevantes del Vega del Sella. Esta decadencia fue favorecida por opiniones como la de Hernández Pacheco, quien pensaba que la definición de la secuencia cultural, el objetivo primordial de la investigación prehistórica, ya estaba alcanzado en 1936. En realidad había quedado fijada en el trabajo de Breuil de 1912, versión que acabaría imponiéndose también en la Península a la más específica de H. Obermaier de 1916. En esa secuencia, ejemplo espectacular del chauvinismo francés de la época, como hemos comentado, no se tienen en cuenta los hallazgos peninsulares, que constituían una evidencia continua mucho más completa desde el Paleolítico Medio hasta el Mesolítico, con series como las de las cuevas del Castillo, Morín o el abrigo del Cueto de la Mina, entre otras. Solamente Carballo hizo una peculiar propuesta alternativa, limitada al aspecto formal de "nacionalizar" la denominación de algunos periodos, pero manteniendo la misma estructura básica de la secuencia francesa (Carballo 1924).

En el País Vasco, sin embargo, continuó la actividad de campo de J.M. de Barandiarán, T. de Aranzadi y E. de Eguren y la publicación de los resultados de sus investigaciones (sobre todo por parte del primero de ellos) hasta la debacle de la Guerra Civil en los años 30. Aunque estos trabajos demostraron que incluso dentro de la misma perspectiva teórica se podía haber avanzado más tanto en el terreno de la metodología de excavación y estudio como en el de la interpretación, tuvieron, tanto en su propósito como en su proyección, un carácter sobre todo local dentro de Euskalherria, a pesar de la temprana inclusión de los yacimientos vizcaínos y guipuzcoanos en las recopilaciones sistemáticas, como *El Hombre Fósil* de Obermaier (1925).

4. LAS PENURIAS DE LA POSTGUERRA

Tras el paréntesis sangriento de la Guerra Civil, no será hasta los inicios de la década de los cincuenta cuando volvamos a encontrar rastros de una recuperación de la actividad investigadora sobre el Paleolítico cantábrico. Sin duda, la llegada de Francisco Jordá Cerdá a Oviedo a comienzos de la década supuso un renovado impulso para los estudios del Paleolítico regional, y en especial a través de su asociación científica con el geólogo Noel Llopis y la creación del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial y del Instituto de Geología Aplicada de la Universidad de Oviedo, dirigidos respectivamente por ambos investigadores. El trabajo de campo de Jordá incluyó sondeos y excavaciones de mayor entidad en una amplia serie de yacimientos con secuencias clave para la comprensión del Paleolítico Medio y Superior y del Mesolítico de la región, como las cuevas del Conde, La Lloseta, El Cierro, Cova Rosa y Les Pedroses, así como estudios de algunos materiales de las antiguas excavaciones de Vega del Sella y el análisis de conjuntos de arte parietal, como El Pindal, que publicó junto con Magín Berenguer (1954), autor de la parte gráfica, labor que continuaría este autor durante largo tiempo. Sin embargo, tras el final de su tesis doctoral sobre el Solutrense (1955) y la prometedora versión preliminar de sus excavaciones en la Cueva de La Lloseta (1958), Jordá prácticamente no publicó ninguna otra monografía de sus trabajos de campo, limitándose a referencias en sucesivos artículos y síntesis parciales sobre la Prehistoria cantábrica (Jordá 1957, 1960, 1963). En ellas, Jordá sigue una pauta estrictamente histórico-cultural sobre la base de la consideración de las sucesivas culturas paleolíticas como oleadas de nuevos pobladores, con una especial atención a la transición del Solutrense al Magdaleniense y las sucesivas fases de esta cultura. Sin embargo, los conceptos tipologistas implicados en su visión de la Prehistoria lo llevaron a desarrollar una compleja teoría, basada en la noción del rejuvenecimiento kárstico definido por Llopis, para llevar el Asturiense, la cultura mesolítica definida por Vega del Sella, al Paleolítico Inferior, debido a la "tosquedad" de su utillaje característico (Jordá 1959). Tanto el propio Llopis como M. Crusafont (1963), sus colegas de la Facultad de Geología de la Universidad de Oviedo, contribuyeron en otros aspectos a intentar apuntalar esta –por otra parte insostenible– visión, en contra de la evidencia estratigráfica y de contexto de los yacimientos asturienses. Con su traslado a la Universidad de Salamanca, la atención directa de Jordá al Paleolítico cantábrico dejó paso a la de sus discípulos, y en especial a Soledad Corchón, que orientó su trabajo inicialmente a uno de los periodos favoritos de su maestro, el Solutrense, para continuar con una atención preferente al arte mueble (Corchón 1986) y a un yacimiento fundamental del Solutrense y el Magdaleniense asturiano (la Cueva de Las Caldas), pero continuando en buena medida con las posiciones teóricas de Jordá.

En Cantabria, el camino de la recuperación de la actividad investigadora en la década de los cincuenta pasa por la presencia de equipos internacionales: en concreto, la primera excavación de la Cueva del Juyo en 1955 y 1956 (Janssens *et al.* 1958) y, especialmente, las célebres campañas internacionales de excava-

ción de la Cueva del Pendo entre 1953 y 1957, fruto de la visión nacionalista de J. Martínez Santaolalla, cuya intención manifiesta era la de mostrar a los europeos la singular calidad e importancia de los yacimientos españoles emulando los tiempos de la gran excavación de la Cueva del Castillo. Intenciones aparte, los trabajos de El Pendo tuvieron la virtud de permitir el contacto de los incipientes equipos españoles con algunas de las principales autoridades de la investigación paleolítica francesa de la época que acudieron a Cantabria, como el matrimonio Leroi-Gourhan, A. Cheynier, P. Hours o J. Chavaillon, pero si en algo emularon a la excavación de Castillo fue también en la pronta y forzada disolución del equipo y el embalaje de sus materiales por más de dos decenios, incluyendo la pérdida de una parte de ellos, así como de los diarios de excavación (González Echegaray *et al.* 1980).

En la primera parte de los años 60, González Echegaray continúa su actividad de campo junto a M.A García Guinea, incorporado al Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander a la muerte de J. Carballo en 1962. Este equipo, con la colaboración regular, entre otros, de B. Madariaga, excava las cuevas de La Chora (González Echegaray *et al.* 1963) y del Otero (González Echegaray *et al.* 1966). Ésta última ya incluye un análisis polínico (novedad en ese momento en el Cantábrico), así como la clasificación de las industrias líticas de acuerdo con la lista-tipo de D. De Sonneville-Bordes y Perrot. En cuanto a los aspectos más generales, en 1960 González Echegaray había publicado un artículo, devenido rápidamente en clásico, sobre el Magdaleniense III de la costa cantábrica, que consagraba la correlación estricta (y acortada y más reciente, para el caso cantábrico) entre la secuencia local y la clásica francesa de la Dordoña. Esa búsqueda de la identificación con el modelo francés determinó, de hecho, buena parte de las direcciones de la investigación en las décadas inmediatamente posteriores.

Por último, en el País Vasco el retorno de J. M. de Barandiarán de su exilio en Francia significó la vuelta a la actividad de campo, sin ruptura ni de procedimientos prácticos, ni de metodología ni de teoría con su actividad de principios de siglo, posiciones que deja definitivamente reflejadas con la publicación de su obra *El Hombre Prehistórico en el País Vasco* (Barandiarán 1953)

5. EL AMIGO AMERICANO (1966-1978) Y EL GTPC

La presencia de investigadores norteamericanos, vinculados a la Arqueología funcionalista ("New Archeology"), en España se desencadena en los años sesenta a partir de dos factores: uno era de carácter teórico, basado en un programa de investigación orientado al análisis de la variabilidad intercultural; el otro era sustancialmente de carácter político: el apoyo económico y logístico de los Estados Unidos de Norteamérica al régimen de Franco tras la visita de Eisenhower a España y el establecimiento de las bases militares, cuyas contrapartidas incluían fondos para la investigación.

Si en el Sur de la Península esa intervención, por lo que hace al Paleolítico, quedó truncada accidentalmente en una fecha temprana, en Cantabria tuvo un carácter más permanente. Las excavaciones de Cueva Morín, dirigidas por L. G. Freeman, de la Universidad de Chicago, y Joaquín González Echegaray, del Museo de Prehistoria de Santander, supusieron la presencia en Cantabria de un equipo altamente cualificado, que introdujo nuevas perspectivas teóricas y nuevas metodologías de trabajo (González Echegaray *et al.* 1971, 1973; González Echegaray y Freeman 1973, 1978).

El impacto fue aún mayor por la espectacularidad de los hallazgos y la rápida publicación de los resultados, y supuso el inicio de una presencia a largo plazo de investigadores anglosajones en la zona. La actividad de los norteamericanos se vio complementada por las investigaciones dirigidas desde la Universidad de Cambridge, que introdujeron en el Cantábrico y en la vertiente mediterránea la aproximación de la Escuela Paleoeconómica de E.Higgs (Bailey 1973).

La mayor parte de la actividad investigadora directa se realizó inicialmente sobre colecciones de Museos, pero continuó en el tiempo con nuevos proyectos de campo, como las excavaciones en La Riera entre 1976 y 1978 (Straus y Clark 1986), Rascaño en 1974 (González Echegaray y Barandiarán 1981) o El Juyo entre 1978 y 2000 (Barandiarán *et al.* 1985), centradas en Asturias y Cantabria, donde se termina por crear una estructura de investigación paralela a las Universidades. En estas intervenciones, estimuladas por la colaboración norteamericana se usan métodos de excavación modernos y se estructuran los equipos de trabajo multidisciplinares.

La apertura al exterior: el Grupo de Trabajo de Prehistoria Cantábrica (1973-1978)

La decrepitud del régimen franquista se comenzó a percibir claramente a principios de los años setenta. A pesar de los últimos estertores del dictador, el cambio se vislumbraba no muy lejano. Aunque existían evidentes dificultades se empezaron a consolidar los

esfuerzos por buscar alternativas en el exterior y a establecer lazos de colaboración y discusiones en el interior.

Una de las consecuencias de la excavación de Cueva Morín fue la formación de nuevos investigadores españoles y la creación de una cadena de relaciones entre universitarios, especialmente tras las primeras campañas de excavación de la Cueva de Tito Bustillo en 1972 y 1974. Estas relaciones cristalizaron en torno a la figura de Joaquín González Echegaray, y se materializaron en una serie de reuniones en el Museo Etnográfico de la Casa de Velarde, en Muriedas, que incluían becarios e investigadores de las Universidades de Oviedo, Deusto, Zaragoza, Complutense de Madrid o el Museo Arqueológico Nacional[2], junto a participantes locales como Benito Madariaga o Francisco Santamatilde. Estos encuentros tuvieron su expresión en una comunicación conjunta al Coloquio Internacional "La Fin des Temps Glaciaires en Europe" en 1977 (GTPC 1977), pero más allá de ello, sirvieron para poner en común técnicas de trabajo de campo y de clasificación de materiales entre diversos grupos. De allí surgió también la denuncia originaria de la degradación de Altamira, a partir de los testimonios y el paciente trabajo del fotógrafo Santamatilde, becado en su momento por la Fundación Juan March para llevar a cabo uno de los primeros –y sin duda el de más calidad hasta aquél momento– catálogos del arte rupestre paleolítico cantábrico.

En cambio, los aspectos propiamente teóricos no fueron precisamente el centro de atención y debate del grupo, asumiendo más o menos directamente buena parte de los aspectos externos de la práctica funcionalista, bajo la influencia directa de Leslie G. Freeman, y de la escuela bordesiana de Burdeos. Mención aparte merece el caso de una parte de los investigadores vascos –y a través de Ignacio Barandiarán, entonces profesor en la Universidad de Zaragoza, también el de sus discípulos– ligados a G. Laplace y sus reuniones en Arudy, que adoptaron la tipología analítica desarrollada por este investigador frente al modelo de F. Bordes y D. de Sonneville-Bordes, en contacto con grupos de otras áreas peninsulares que siguieron esa misma dirección, una opción que en aquél momento estaba relacionada, además, con un compromiso político más directo contra el régimen.

6. EL ¿RETORNO? HISTÓRICO-CULTURAL Y EL ECLECTICISMO

La transición política (de 1976 a 1981) implicó también una suerte de transición científica en España. Se buscaron referentes externos (en la *Nueva Arqueología* funcionalista americana, en la Arqueología Analítica inglesa, en la Arqueología materialista histórica y en la dialéctica) y se produjo también una panoplia de actitudes científicas desde las más continuistas, las reformistas eclécticas hasta las propuestas más rupturistas (Gómez Fuentes 1978). Fue una época de discusión intensa y enriquecedora, que se ejemplifica en los Coloquios de Morella (en 1976-1979), la Reunión de Metodología en la Investigación Prehistórica de Soria en 1981, y en los Coloquios anuales de Paleolitistas Españoles, que comenzaron en 1980.

La era post-1978 está marcada por el desarrollo de equipos universitarios de investigación y un afán de «puesta al día» y recuperación del tiempo perdido. Se emprendieron estudios aplazados -como Pendo y Rascaño– (González Echegaray *et al.* 1980; González Echegaray y Barandiarán 1981) y el de cuevas y colecciones abandonadas desde los felices 20. Un ejemplo capital para Cantabria es el de la Cueva del Castillo, cuyos trabajos de principios de siglo se analizan y publican al tiempo que se emprende la reexcavación del yacimiento en 1980 (Cabrera 1984). Todo ello fue catalizado en Cantabria por el acceso de González Echegaray a la dirección del Centro de Investigación y Museo de Altamira tras su creación, y por la serie de sus Monografías iniciadas en 1980, cuyo interés por la especificidad en el tema paleolítico era perfectamente coherente.

Los estudios que se realizaban eran herederos de una formación francesa en los primeros tiempos y con una fuerte dependencia de los modelos teóricos de esa procedencia. Pero se aprecia un interés paralelo por una actualización en las formas y sobre todo en las técnicas de investigación (Bernaldo de Quirós 1981, 1982a, 1982b, 1982c). El soporte teórico básico en la mayoría de los autores y autoras sigue siendo muy tradicional, dando como resultado una visión ecléctica en cuanto a la mezcla de teorías y métodos (ver por ejemplo las diferentes contribuciones en VV.AA. 1984). Existía en el fondo un miedo y una desconfianza sobre el papel de la teoría que explica la impermeabilidad a las últimas tendencias, como ejemplifica explícitamente José Miguel de Barandiarán en una lección a los grupos Etniker de Euskalerria en 1979, que sin duda suscribirían muchos otros investigadores del momento y posteriores:

2 Entre los participantes a estas reuniones se contaron, entre otros, con la presencia habitual de L. G. Freeman, J. M. Apellániz, E. Berganza, M. Muñoz, I. Barandiarán, P. Utrilla, A. Cava, J. Altuna, K. Mariezkurrena, F. Bernaldo de Quirós, V. Cabrera, A. Moure, M. Cano, M.C. Márquez Uría o M.R. González Morales.

«Si formulamos las teorías antes de realizar las investigaciones, corremos el peligro de perdernos en las teorías y manipular los hechos».

Los estudios de los materiales zooarqueológicos (Altuna 1972) y sedimentológicos (Hoyos 1979, 1995), por ejemplo, seguían constituyendo capítulos anexos a los que se da un valor predominantemente bioestratigráfico o paleoclimático al estilo tradicional francés. Los ensayos de introducir una metodología analítica en el estudio de las colecciones líticas van precedidos de un tratamiento cronocultural tradicional y de gráficos acumulativos de fósiles directores, a pesar de las numerosas demostraciones prácticas que se van acumulando de su inconveniencia e inviabilidad técnica y epistemológica. Algunas de las preocupaciones tipológicas normales se acercan a un esencialismo metafísico que podría haberse resuelto fácilmente con la aplicación de las técnicas ya disponibles en ese momento (Utrilla 1984).

Aunque en el mundo la hegemonía cultural de Francia era ya cosa del pasado, en la política académica continental europea la Historia Cultural de cuño francés y el ya antiguo magisterio de Breuil no habían sucumbido todavía en favor del dominio global de EE.UU. La norma estándar europea exigía el trabajo con tipología Bordes (o compatible), ya que los objetivos eran comparar industrias, asignarles una casilla denominativa y establecer las rutas de llegada de las correspondientes gentes. Así se emprendieron diversas revisiones del Paleolítico cantábrico. La tradición de los estudios en Cantabria y el propio testimonio material llevaron a poner el énfasis sobre el Paleolítico superior: el antiguo fue tratado básicamente por Bernaldo de Quirós (1982c) mientras que Utrilla (1981) se ocupó del Magdaleniense inferior y medio y Moure (1974) del superior. Los resultados eran presentados en público internacionalmente en las reuniones periódicas de los grupos de trabajo de la UISPP.

Dentro de las revisiones, pero desde una Arqueología no estrictamente tradicional crono-cultural, L.G. Straus estudió el Solutrense de la zona cantábrica, integrando la evidencia faunística estudiada por Altuna con quien firmó algunos trabajos (Altuna y Straus 1976) El estudio de un fósil director, las puntas solutrenses, llevaba a considerarlas, ya no como elemento de cronología estricto, sino como testimonio de la territorialidad de las sociedades del Paleolítico superior (Straus 1977a), y se estudian los patrones de asentamiento (Straus 1979a, 1979b) y el papel de las materias primas (Straus 1980). Todo ello culminaría con artículos de reflexión general y con una obra de síntesis sobre el «Solutrense cantábrico» publicado en las monografías del Museo de Altamira (Straus 1983a).

Lo interesante es que aunque la teoría sustantiva del materialismo cultural de cuño norteamericano (con su definición de "cultura como adaptación") es antagónica a la de la Historia cultural (que define la cultura desde una perspectiva esencialista y metafísica), en la práctica de la Arqueología paleolítica los métodos no han sido tan incompatibles. Eso se puede percibir desde las primeras discusiones entre sus dos máximos paladines, Bordes y Binford. A veces la alternativa consistió simplemente en interpretar los resultados de los tratamientos estadísticos (utilizando los análisis de componentes principales en lugar de los gráficos acumulativos tradicionales, pero aplicados a la misma serie de fósiles directores) desde una perspectiva de la variación funcional (la adaptativa) sincrónica en lugar de la cultural o diacrónica.

No es pues extraño que a los planteamientos tradicionales se yuxtapusieran algunas nuevas preocupaciones que poco a poco iban calando en los investigadores. Así, se empieza a observar una incipiente preocupación por tratar la situación de los objetos dentro de los yacimientos, no sólo para su colocación dentro de una secuencia estratigráfica, sino para determinar áreas de actividad y dinámica social (aunque se realizara con metodología exclusivamente empírica y subjetiva) (Utrilla 1982), y a los problemas cronoculturales tradicionales se yuxtaponen los estudios de áreas de captación (*Site Catchment Analysis*) del tipo inglés (Bernaldo de Quirós 1982c).

El estado de cambio que supuso esa década entre 1975 y 1985 queda bien reflejado en las reflexiones sobre la investigación del Paleolítico superior cantábrico que escribió González-Echegaray dentro del homenaje a F. Jordá, editado por J. Fortea (1984, 259). La importancia de las revisiones y estudios multidisciplinares del Castillo, las nuevas excavaciones de Morín, Juyo, La Viña, Tito Bustillo, Arenaza, Salitre y Entrefoces además de los trabajos realizados en Abauntz, Zatoya, Rascaño, Chufín, Las Caldas y La Riera habrían permitido reformular los objetivos de la investigación sobre el periodo en la Cornisa Cantábrica en base a una nueva teoría sustantiva. Sin embargo esa teoría, que habían traído los anglosajones y sobre todo los norteamericanos no había acabado de cuajar o convencer a los investigadores nacionales de los ochenta:

> "En definitiva, lo que podríamos proponer como característico de esta época sería la dialéctica entre dos concepciones distintas de Ciencia (con innumerables matices internos): una, si se quiere más idealista, que ligaba su actividad a una acumulación «sisifoniana» positivista de datos y a un corpus de ideas de base inmutable, no cuestiona-

bles (devenidas, por la autoridad de la práctica, en axiomas), y otra que pretendía adquirir conocimientos más precisos mediante hipótesis construidas sobre la negación (en sentido dialéctico de superación) de las tesis anteriores." (Estévez y Vila 1999).

El estado de la cuestión al final del siglo XX era la de una situación donde el interés por los problemas de sucesiones culturales se ha ido disolviendo por agotamiento del modelo. Frente a las aproximaciones generales tradicionales, y tomando como referencia a los anglosajones, en los trabajos de la Región Cantábrica se empiezan a desarrollar alternativas en una línea más adaptacionista. Las causas de la variabilidad podían buscarse en elementos más oportunos o inmediatos que la explicación étnica más compleja e improbable, por ejemplo: horizonte cronológico, funcionalidad, duración de la ocupación, variabilidad sincrónica en el uso del espacio, materias primas usadas, alteración estratigráfica, azar del muestreo… En estos trabajos, en especial para el final del Paleolítico superior cantábrico, las "respuestas" culturales eran concebidas como respuestas técnicas, económicas o artísticas. Las culturas no constituían un paquete compacto sino que se hablaba de la continuidad o ruptura asincrónica de los distintos elementos y se intentaba jerarquizar las causalidades para cada uno. Se consideraban los restos arqueológicos como poco explícitos para la comprensión de aspectos culturalmente más definitorios como organización social, ideología y creencias religiosas.

Pero los mismos datos multidisciplinares recogidos con metodologías y objetivos diversos y desde perspectivas teóricas también distintas no permitían un acercamiento integral alternativo y frecuentemente eran contradictorios entre sí. De esta forma no se podía ir mucho más lejos que concluir que, por ejemplo, lo que definiría el Solutrense serían las puntas foliáceas, que no siempre son abundantes y que por ello es mejor definirlo como un grupo de industrias que corresponden al período de entre hace 21.000 y 17.000 años. Que sería, por lo tanto, una entidad analítica, pero no «cultural» o «social» en sentido etnográfico. Para ir más allá faltaban los estudios funcionales, la representación anatómica de las especies animales presentes, los estudios de estacionalidad… (Straus 1983a).

El carácter de la muestra y los análisis que se le practicaban no permitían una aproximación tafonómica, un análisis de los procesos de talla y explotación de los recursos minerales o un análisis de distribución de las áreas de actividad. Las conclusiones a las que se quería llegar estaban lejos de poderse resolver con los datos disponibles y eso hizo que se plantearan asociaciones, y respuestas inferenciales a un nivel muy elemental y directo. Se reconocía que debían emprenderse un tipo de análisis nuevos para obtener lo que se denominó "datos de segunda generación".

A nivel particular existía todavía un desconocimiento del Paleolítico inferior de la zona, fuera de algunas citas de materiales aislados y de las presuntas ocupaciones de Paleolítico inferior en Castillo, y de yacimientos en posición secundaria o con mala preservación (Rodríguez Asensio 1983, 2001). En cuanto al Paleolítico medio sólo se contaba con publicaciones algo más extensas de Cueva Morín, El Pendo, La Flecha, el Conde y el nivel Alfa de las excavaciones antiguas de El Castillo. Los estudios geológicos estaban restringidos a Morín (con conclusiones paleoclimáticas confusas) y Pendo (Vega 1983). Algunos trabajos habían insistido en el problema tafonómico (Straus 1982) y posteriormente Altuna había ensayado una síntesis considerando la caracterización taxonómica de los conjuntos de faunas (Altuna 1992). Si algo habían dejado claro los estudios tipológicos es que la caracterización bordesiana de las facies del Musteriense y en concreto del vasconiense de la Cornisa Cantábrica debía ponerse en entredicho (Freeman 1994; Clark 1994; Cabrera y Neira 1994). Sigue planteada la problemática de la transición o ruptura entre el Paleolítico medio y el superior antiguo (Cabrera 1993 o Cabrera *et al.* 1996) especialmente significativa en el yacimiento de la Cueva del Castillo, que debido a la conservación de los niveles sucesivos sin hiatos, las dataciones y el registro obtenidos se ha transformado en (o sigue siendo) una pieza clave del problema.

En cuanto al Paleolítico superior, la última década y media del siglo XX significó la continuación de compendios, resúmenes y revisiones desde unas perspectivas más clásicas (Utrilla 1996; Rasilla 1989) o con mayor influencia de las corrientes anglosajonas (Butzer 1986; González Echegaray 1988; González Sainz 1989; González Sainz y González Morales 1986; Straus 1986, 1992; Clark 1986), porque las excavaciones de los años setenta y ochenta y la introducción de los estudios inspirados en los objetivos del materialismo cultural permitían comenzar una serie de planteamientos más amplios. Las re-lecturas de los trabajos de Altuna realizadas primero por norteamericanos (Freeman 1973; Straus 1977b) y utilizados después en otros trabajos nacionales (Bernaldo de Quirós 1981, 1982c; Utrilla 1981…) se dirigieron a problemas "paleo-económicos".

Se podía hablar de que los análisis paleoeconómicos muestran *grupos* bien *adaptados* al terreno o a la

caza circundantes y realizar unas aproximaciones como las recogidas en el libro colectivo *Elefantes, ciervos y ovicaprinos* (Moure 1992). El enfoque adaptacionista produjo, en principio, ideas muy generales (Straus 1981): la existencia de unas especies animales básicas diferentes (el reno en Gascuña y el ciervo en el Cantábrico), junto con una orografía distinta, producían adaptaciones distintas en las dos zonas. Las facies industriales locales eran producto de la adaptación a las condiciones regionales… La transpolación de modelos sencillos en una interpretación del registro en términos simples de campamento base residencial –campamentos satélites o de caza (Rasilla 1983), o una dualidad de "foragers– collectors" tampoco eran suficientes para explicar la complejidad. Hacían falta datos sobre la extensión de los yacimientos y del área ocupada, densidad de hallazgos y potencia del nivel de ocupación, estacionalidad, duración de las ocupaciones y su carácter a partir de los restos instrumentales y de consumo alimentario.

Pero todas estas preocupaciones y objetivos se han ido consolidando y su carencia se ha hecho más obvia en la última década del siglo XX. El desarrollo de las técnicas auxiliares, además de la Arqueozoología y la Arqueobotánica, de la Geoarqueología, Teledetección y Geofísica, el GIS, lo mismo que la Paleopatología, Paleontología Humana, la Informática con el tratamiento de datos e imágenes, se han convertido en una necesidad consensuada. A partir de esos datos nuevos se podrá empezar a contestar primero a una serie de preguntas (como la de los procesos de formación del yacimiento), que por básicas ya había formulado Carballo a principios de siglo, pero que se habían obviado durante casi un siglo por la focalización de los estudios en la cuestión cronocultural.

Más allá de la representación de la organización técnica de la subsistencia, el problema de la organización social sólo se afrontó muy superficialmente, echando mano de la vieja y tradicional analogía etnográfica: la del hombre cazador y la mujer recolectora y de los grupos igualitarios, o mediante aproximaciones intuitivas, casi empáticas, que sin embargo ya planteaban el uso del espacio como una variable a tener en cuenta (Freeman 1978); o sobre datos poco contrastados y contextualizados (Sieveking 1987; Conkey 1980, 1990; Utrilla 1994) o incluso buscando el establecimiento de territorios y contactos entre grupos en base a elementos estilísticos y a los clásicos elementos de la tipología tradicional (Barandiarán 1987 o Fortea 1987). Se puede vislumbrar que serán necesarios nuevos datos (de tercera generación) que permitan superar ese límite. Para ello será sin duda imprescindible integrar otro tipo de testimonio que normalmente se presentó, casi desde sus orígenes divorciada del registro objetual: se trata de lo que se ha denominado el Arte cuaternario (y más concretamente Arte rupestre).

7. EL ESTUDIO DEL ARTE PALEOLÍTICO: UN MUNDO (NO) TAN APARTE

La Historia cultural había encontrado su núcleo argumental en Altamira para justificar el particularismo y los últimos ramalazos de la ideología de la superioridad racial europea. Era la consecuencia final de las teorías antropobiológicas de Lombroso, que constituyeron el sustrato ideológico sobre el que sustentó la práctica política del fascismo de la primera mitad del siglo XX. Los historiadores de la Cultura siempre habían declarado la imposibilidad de "penetrar" en las mentes "particulares" de *los* artistas paleolíticos, aunque al final casi siempre habían caído en el recurso de ilustrar la explicación con la analogía etnográfica directa, cuya validez habían negado a priori.

La cronología de André Leroi-Gourhan, el menos empirista de los autores tradicionales, paradójicamente se impone entre los autores hispanos, quienes sin embargo toman con reparos su interpretación estructural y dualista. Pero es que el autor francés también negaba la posibilidad de la analogía, aunque en realidad siempre había recurrido a ella, justificándose en una estructura mental análoga.

El empirismo acrítico radical intentó imponer un descriptivismo presuntamente aséptico. Esta era la consecuencia coherente de llevar el particularismo hasta el final. Se trataba meramente de describir e inventariar las figuras y su localización (ubicación, superposiciones) y enmarcarlas dentro de unos de los estilos definidos por el maestro francés para situarlas en el tiempo. Los ensayos de trascender la mera descripción y contextualizar el arte y su significado dentro de las sociedades-cazadoras recolectoras son criticados (Barandiarán 1993) desde las perspectivas meramente descriptivas que se definen como detentadoras de una única visión científica posible, una posición teórica en sí misma que ha vuelto a precisarse recientemente:

> "Formuladas determinadas teorías generales de interpretación del imaginario paleolítico, sus modelos de comprensión lastran/arrastran la identificación de las evidencias inmediatas, invirtiendo el orden escolástico de la dialéctica del dato hacia la inferencia (= información) […]
>
> Destaca especialmente la ineficacia y hasta la impertinencia de toda teorización genérica cuando

se aplica a datos como éstos del arte paleolítico incompletos, nunca bien conocidos y que presumimos muy complejos." (Barandiarán 2003, 238)

El desarrollo técnico permite por fin al final del siglo XX la datación de elementos directamente relacionados con las pinturas y realizar fechaciones menos destructivas de los objetos de arte mueble. Esto lanza una serie de proyectos de datación que han hecho trastabillar las asunciones presuntamente objetivas de dataciones. La reflexión sobre el significado y la naturaleza de las muestras que se están datando y su contextualización permitirían en un futuro próximo resolver ese problema inmediato si se ponen en cuarentena los tabúes preexistentes.

Lo que no parece sin embargo tan cercano y será difícil es la integración científica no especulativa en el contexto social paleolítico de este tipo de testimonios. Por un lado, tenemos el peso de la Historia del Arte, que ha asaltado este campo de la Arqueología y que descontextualiza el objeto considerado artístico de la sociedad que lo produce. La metáfora más clara de ese lastre es la política de difusión que se realiza, "aislando" en vitrinas "asépticas" los objetos del arte mueble, o la tendencia que se observa de desvincular a los museos de la investigación y de la Universidad. Por otro lado está la rémora descriptivista empírica de la propia ciencia académica paleolítica tradicional que contribuye a ese divorcio, alejando el objeto de la explicación y por tanto de la sociedad (prehistórica y actual). Así se deja el campo libre a la especulación para-científica, poética o postmoderna.

8. TRADICIONES LOCALES, TRADICIONES MUNDIALES: MIRANDO AL FUTURO

La transferencia de las competencias en Cultura a las Autonomías a partir de 1981 inaugura una nueva época. Si en principio la descentralización podía haber comportado ventajas en la gestión, en la práctica eso no ha sido necesariamente así. La primera consecuencia fue la absoluta descoordinación entre las investigaciones que se producían en las distintas autonomías. Pero además el tema patrimonial era un bocado demasiado suculento para no ser aprovechado por políticos para darse lustre en lugar de para ilustrar al público.

La política arqueológica tomó en muchas de las Autonomías un cariz propagandístico demagógico: publicación de inventarios y catálogos, exposiciones y grandes inauguraciones acompañadas de un abandono de la investigación real que debería haberlas sustentado. Una vez aprovechado y superado el momento propagandístico coyuntural inicial el tema es blandamente olvidado poco después.

Pero además el Patrimonio arqueológico (como el resto del patrimonio energético y de empresas públicas) se empezará a contemplar como una posible fuente de recursos que es susceptible de ser privatizada. El rescate de los bienes patrimoniales real o supuestamente amenazados por el desarrollo urbanístico y de las infraestructuras se transforma en una increíble fuente de ingresos para unas empresas que surgen por doquier, a partir de la masa crítica de los nuevos licenciados/as que surgen del *boom* de la Universidades desde los años ochenta y que no pueden ser absorbidos por ellas en sus cuadros docentes al modo tradicional.

Esto, en principio, no habría tenido porque suponer necesariamente un perjuicio para el avance del conocimiento, si se acompañara de una política articulada con el resto de las instituciones relacionadas con la investigación de ese Patrimonio. Pero por desgracia se transformó en muchos casos (dependiendo frecuentemente no tanto de directrices políticas partidistas sino de las personalidades concretas) en un mero vehículo de lucro o de mera subsistencia de las personas encuadradas en las empresas o en un campo de prácticas favoritistas y clientelares. En general, la consecuencia final (no sólo en la Cornisa Cantábrica) ha sido una descoordinación entre los resultados de los diferentes trabajos y un desaprovechamiento y derroche de recursos. Ha sido muy difícil y prácticamente ha costado casi una veintena de años de esfuerzos ir saliendo de esta situación. Algunas alternativas de convocar Congresos y Seminarios especializados de ámbito peninsular han ido posibilitando la recuperación de un diálogo e intercambios que apenas se producían en los congresos internacionales de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP).

Apostar por una puesta al día es un gran reto que implica una conjunción de esfuerzos. Independientemente de que existan remanentes en España de la vieja arqueología tradicional histórico-cultural, la nueva realidad científica de la Arqueología paleolítica del siglo XXI está definitivamente en otro nivel de discusión (incluso en Francia). Ya no se trata (como se planteó a finales del siglo XX) sólo de resolver si es la importancia del factor ecológico (es decir de los cambios en la oferta del medio), o la primacía del crecimiento vegetativo de la población (el cambio en la demanda) la causa prioritaria que incidía en el desarrollo social prehistórico. Tampoco se centra en si esas presiones se vehiculan a nivel colectivo o indivi-

dual, como se planteaba en la controversia del Materialismo cultural, la Arqueología ecológica o la Ecología cultural (Gassiot 2001). Las teorías neo-liberales sobre las que se han basado estos posicionamientos han caído en el descrédito como formas de explicación suficientes. Si en algo han contribuido en el debate la Arqueología postprocesual, la Arqueología del Género y el Materialismo histórico de la Arqueología social es en la demostración de la insuficiencia de los planteamientos adaptacionistas o economicistas mecánicos.

Así pues, el problema que se plantea es que se deberían acortar los plazos de la investigación, que necesariamente deberá resolver no sólo esos problemas interpretativos de la formación de los yacimientos y los de las dinámicas mecánicas de relaciones entre las comunidades humanas y su entorno (las estrategias de explotación de recursos y los procesos de producción y consumo), sino afrontar al mismo tiempo el análisis de la compleja relación (sincronizada o no) de estos procesos con la organización social y la reproducción de las sociedades humanas. Y no sólo esto, sino que se deberá entender cómo los procesos graduales de largo plazo (que se habían considerado los normales en la disciplina) se articulan con aquellos fenómenos de más corto plazo pero de amplitud semejante (como son los cambios ambientales súbitos y breves que se están poniendo de manifiesto). Esta necesidad de conjunción entre el largo y el corto plazo ha supuesto una revolución conceptual y una reforma en ciertos aspectos axiomáticos de la teoría de la Evolución (Gould 2004), de la que la Arqueología prehistórica siempre ha sido subsidiaria (en positivo o por contraste negativo). Por lo tanto es inevitable que se llegue a replantear también en nuestra disciplina.

Todo ello, dada la complejidad y especificidad de los problemas y las técnicas que se han de involucrar, implica la inversión de un inmenso esfuerzo, la articulación y contribución de costosos equipos de especialistas. El análisis de las áreas de actividad, que en los estudios realizados en yacimientos clave y en la etnoarqueología experimental se ha demostrado uno de los caminos de acercamiento a la estructuración social, requiere la excavación extensiva de los yacimientos. Es más, una estrategia de muestreo estratigráfico restringido en extensión no puede aportar nuevos datos relevantes y tiene muchas posibilidades de suministrar sólo información redundante.

El reto no es fácil porque las restricciones presupuestarias del gasto público tienden además a ir aparcando los costosos trabajos de investigación interdisciplinar y de campo, y a limitarlos a unos yacimientos “estrellas”, virtualizados en museos aparadores-acaparadores, que monopolizan la difusión mediática y la retroalimentan.

Frente a ese reto del siglo XXI, la Arqueología Paleolítica en el Cantábrico tiene dos ventajas de partida. Existe la materia prima: los yacimientos inéditos, intactos y con buena conservación de la evidencia que se requiere. Y existen los recursos humanos: personas sobradamente formadas para emprender esta labor, integradas en casos en equipos amplios. El resto es cuestión de estructurar unas políticas racionales de aprovechar esos medios para forjar un plan de trabajo coherente.

BIBLIOGRAFÍA

Alcalde del Río, H.,

1906 *Las pinturas y grabados de las Cavernas prehistóricas de Santander*. Impr. de Blanchard y Arce, Santander.

Alcalde del Río, H.; Breuil, H. y Sierra, L.,

1911 *Les cavernes de la Region Cantabrique*. Imprimerie V. A. Chêne, Monaco.

Altuna, J.,

1972 Fauna de mamíferos de los yacimientos prehistóricos de Guipúzcoa. *Munibe* 24 :1-424.

1992 Le paleolitique moyen dans la region Cantabrique. *L'Antropologie* 96 (1): 87-102.

Altuna, L. G., Straus, L. G.,

1976 The Solutrean of Altamira: The artifactual and faunal evidence. *Zephyrus,* 26-28: 175-182.

Bailey, G. N.,

1973 Concheros del norte de España: una hipótesis preliminar. En *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología*, pp.73-84. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

Barandiarán, I.,

1987 El Magdaleniense en Asturias, Cantabria y País Vasco: constantes y variabilidad del arte portátil. En *Le Magdalenien en Europe*, pp. 379-398. Université de Liège, Liège.

1993 El lobo feroz: la vacuidad de un cuento magdaleniense. *Veleia* 10: 7-37.

2003 *Grupos homoespecíficos en el imaginario mobiliar magdaleniense. Retratos de familia y cuadros de género*. Universidad del País Vasco, Vitoria.

Barandiarán, I., Freeman, L. G., González Echegaray, J., Klein, R. G.,

1985 *Excavaciones en la Cueva del Juyo*. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 14. Ministerio de Cultura, Madrid.

Barandiarán, J. M.,

1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco*. Ekin, Buenos Aires.

Bernaldo de Quirós, F.,

1980 *Notas sobre la economía de Paleolítico Superior Cantábrico*. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 1. Ministerio de Cultura, Santander.

1981 Las industrias del Paleolítico Superior inicial de la región cantábrica española. *Trabajos de Prehistoria* 38: 69-92.

1982a The Early Upper Paleolithic in Cantabrian Spain. En *Aurignacien-Périgordien-Gravettien. Actes des réunions de la Xe Commission "Aurignacien et Gravettien" (1976-1981), UISPP,* pp. 65-78. Université de Liège, Liège (ERAUL 13).

1982b L'Aurignacien et le Perigordien sur la Facade atlantique de l'Espagne. En *Aurignacien-Périgordien-Gravettien. Actes des réunions de la Xe Commission "Aurignacien et Gravettien" (1976-1981), UISPP,* pp. 23-26. Université de Liège, Liège (ERAUL, 13).

1982c *Los inicios del Paleolítico Superior Cantábrico*. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 8. Ministerio de Cultura, Santander.

Breuil, H.,

1912 Les subdivisions du paleolithique superieur et leur signification. En *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique*, pp. 165-238. Ginebra.

Butzer, K.,

1986 Paleolithic adaptations and settlement in Cantabrian Spain. *Advances in World Archaeology* 5: 201-252.

Cabrera, V.,

1984 *El yacimiento de la Cueva de El Castillo*. Biblioteca Praehistorica Hispana, 22. CSIC, Madrid.

Cabrera, V. (ed.),

1993 *El origen del Hombre Moderno en el SO de Europa*. UNED, Madrid.

Cabrera, V., Neira, A.,

1994 Los conjuntos líticos del Paleolítico Medio Cantábrico según el análisis de componentes principales. En J. A. Lasheras (ed.), *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray,* pp. 55-60. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 17. Ministerio de Cultura, Madrid.

Cabrera, V., Hoyos, M., Bernaldo de Quirós, F.,

1996 La transition du Paléolithique Moyen au Supérieur dans la grotte de El Castillo: charactéristiques paléoclimatiques et situation chronologique. En H. Delporte, J. Clottes (dir.), *Pyrénées préhistoriques. Arts et Societés. Actes du 118è Congrés National des Societés Históriques et Scientifiques,* pp. 27-40. Editions du C.T.H.S., Paris.

Carballo, J.,

1923 *Excavaciones en la Cueva del Rey, en Villanueva (Santander)*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid (Memoria nº 53).

1924 *Prehistoria universal y especial de España.* Imprenta de la Viuda de L. del Horno, Madrid.

Caro Baroja, J.,

1976 El miedo al mono o la cuestión universitaria de 1875. *Historia 16*, I, nº 3 : 59-67.

Cartailhac, E.,

1886 *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*. Ch. Reinwald Libraire, Paris.

Cartailhac, E., Breuil, H.,

1906 *La Caverne d'Altamira a Santillane près de Santander (Espagne)*. Imprimerie de Monaco, Monaco.

Clark, G. A.,

1986 El nicho alimenticio humano en el Norte de España desde el Paleolítico a la Romanización. *Trabajos de Prehistoria* 43: 159-184.

1994 Aspectos epistemológicos de la interpretación del registro arqueológico Pleistoceno: El papel del paradigma metafísico. En J. A. Lasheras (ed.), *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray,* pp. 12-98. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 17. Ministerio de Cultura, Madrid.

Conkey, M.,

1980 The identification of prehistoric hunter gatherer aggregation sites: the case of Altamira. *Current Anthropology* 21: 609-630.

1990 L'Art mobilier et l'etablissement de géographies sociales. *En L'art des objects au Paleolithique*, t. 1: *Les voies de la recherche*, pp. 163-172. Colloque International, Foix/le Mas-d'Azil 1987. Ministère de la Cultura, de la Communication, des grands Travaux et du Bicentenaire, Paris.

Corchón, Mª S.,

1986 *El arte mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno*. Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 16. Madrid, Ministerio de Cultura.

Crusafont, M.,

1963 ¿Es la industria asturiense una evolucionada pebble-culture?. *Speleon* XIV (1-4): 77-89.

Díaz Andreu, M., Mora, G.,

1995 Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico. *Trabajos de Prehistoria* 52 (1): 25-38.

Díaz-Andreu, M.,

1993 El pasado en el presente: la búsqueda de las raíces en los nacionalismos culturales. El caso español. En *Pre-actas Os nacionalismos en Europa: Pasado e Presente.* Junta de Galicia, Santiago de Compostela.

Estévez, J., Vila, A.,

1999 *Piedra a Piedra. Historia de la construcción del Paleolítico.* Archaeopress, Oxford (B.A.R. International Series, 805).

2005 *Una Historia de la investigación sobre el Paleolítico en la Península Ibérica.* Síntesis, Madrid.

Fortea, J. (ed.),

1984 *Scripta prehistórica Francisco Jorda Oblata*. Universidad de Salamanca, Salamanca (Aula Salmanticensia, 156).

Fortea, J.,

1987 El Magdaleniense Medio en Asturias, Cantabria y País Vasco. En J. P. Rigaud, (ed.), *Le Magdalenien en Europe. Actes du Colloque "La structuration du Magdalenien" (Mayence 1987)*, pp. 419-440. Université de Liège, Liège (ERAUL, 38).

Freeman, L. G.,

1973 The significance of Mammalian faunas from Paleolithic occupations in Cantabrian Spain. *American Antiquity* 38 (I): 3-44.

1978 The analysis of some occupation floor distributions from Earlier and Middle Paleolithic sites in Spain. En L. G. Freeman (ed.), *Views of the past* , pp. 57-115. Aldine, Chicago.

1994 Kaleidoscope or tarnished mirror? Thirty years of Mousterian investigacions in Cantabria. En J. A. Lasheras (ed.), *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray,* pp. 37-54. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 17. Ministerio de Cultura, Madrid.

Gassiot, E.,

2001 *Anàlisi arqueològica del canvi cap a l'explotació del litoral.*Tesis Doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.

Gómez Fuentes, A.,

1978 *Formas económicas del Paleolítico superior cantábrico*. Tesis Doctoral. Universidad de Salamanca, Salamanca.

González Echegaray, J.,

1988 El Magdaleniense de Altamira. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria* 1: 165-175.

González Echegaray, J., Freeman, L. G., Butzer, K. W., Leroi-Gourhan, A., Altuna, J., Madariaga, B., Apellániz, J. M.,

1971 *Cueva Morín. Excavaciones 1966-1968.* Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander.

González Echegaray, J., Freeman, L. G., Madariaga, B., Butzer, K. W., Altuna, J.,

1973 *Cueva Morín. Excavaciones 1969.* Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander.

González Echegaray, J., Freeman, L. G.,

1978 *Vida y Muerte en Cueva Morín*. Institución Cultural de Cantabria, Santander.

González Echegaray, J. *et al.,*

1980 *El yacimiento de la Cueva de "El Pendo" (excavaciones 1953-1957)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 17. CSIC, Madrid.

González Echegaray, J., Barandiarán, I.,

1981 *El Paleolítico Superior de la Cueva del Rascaño (Santander).* Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 3. Ministerio de Cultura, Santander.

González Echegaray, J., García Guinea, M. A., Bejines, A., Madariaga de la Campa, B.,

1963 *Cueva de La Chora (Santander)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 26. Ministerio de Educación, Madrid.

González Echegaray, J., García Guinea, M. A., Begines, A.,

1966 *Cueva del Otero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 53. Ministerio de Educación, Madrid.

González Echegaray, J., Freeman, L. G.,

1973 *Cueva Morín. Excavaciones 1969*. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la provincia de Santander, Santander.

González Morales, M. R.,

1992 Racines: La justification archéologique des origines régionales dans l'Espagne des Communautés Autonomes. En T. Shay, J. Clottes (eds.), *The Limitations of Archeological Knowledge*, pp. 15-27. Université de Liège, Liège (ERAUL, 49).

González Sainz, C., González Morales, M.,

1986 *La Prehistoria en Cantabria*. Tantín, Santander.

González Sainz, C.,

1989 *El Magdaleniense Superior-Final de la región cantábrica.* Universidad de Cantabria y Tantín, Santander.

Gould, S. J.,

2004 *La estructura de la teoría de la Evolución*. Metatemas, Barcelona.

GTPC (Group de Travail de Préhistoire Cantabrique),

1977 Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final en Espagne cantabrique. En *La Fin des temps glaciaires en Europe. Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final*, pp. 713-719. CNRS, Paris (Colloque Internationaux du CNRS, 271).

Hoyos, M.,

1979 *El Karst de Asturias en el Pleistoceno superior y Holoceno: geomorfología, sedimentología y paleoclimatología*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

1995 Cronoestratigrafía del Tardiglaciar en la región Cantábrica. En A. Moure, C. González Sainz (eds.), *El final del Paleolítico Cantábrico,* pp.15-76. Universidad de Cantabria, Santander.

Jannsens, P., González Echegaray, J., Azpeitia, P.,

1958 *Memoria de las excavaciones de la cueva del Juyo*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, Santander.

J. M. de Barandiarán a los grupos Etniker de Euskalerria. San Sebastián, 29 - IX -1979.

Jiménez Díez, S.,

1996 Del mito a la Prehistoria en la Historia de España. Aproximación historiográfica (1841-1900). *Complutum* 7: 265-273.

Jordá, F.,

1955 *El Solutrense en España y sus problemas*. S.I.A. de la Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.

1957 *Prehistoria de la Región Cantábrica*. S.I.A. de la Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.

1958 *Avance al estudio de la cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias).* S.I.A. de la Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.

1959 Revisión de la cronología del Asturiense. En *V Congreso Nacional de Arqueología* (Zaragoza 1957), pp. 63-66. Zaragoza.

1960 El Complejo Cultural Solutrense-Magdaleniense en la Región Cantábrica. *En I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* (Pamplona 1959), pp. 1-22. Pamplona.

1963 El Paleolítico Superior Cantábrico y sus industrias. *Saitabi* XIII: 3-22.

Jordá, F., Berenguer, M.,

1954 La Cueva de El Pindal (Asturias). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 23: 337-364.

Moure, A.,

1974 *Magdaleniense superior y Aziliense en la Región Cantábrica española*. Extracto de la Tesis Doctoral. Universidad Complutense, Madrid.

Moure, A. (ed.),

1992 *Elefantes, ciervos y ovicaprinos*. Universidad de Cantabria, Santander.

1996 *El Hombre Fósil 80 años después*. Universidad de Cantabria y Fundación Marcelino Botín, Santander.

Moure, A., Santonja, M.,

1991 La renovación de los estudios sobre Paleolítico en los últimos veinte años. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 30-31: 13-25.

Nougier, L.-R.,

1968 *El Arte Prehistórico*. Plaza y Janés, Barcelona.

Obermaier, H.,

1916 *El Hombre fósil*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, mem. 9, Madrid.

1925 *El hombre fósil.* Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, mem. 9 (2ª ed. refundida y ampliada), Madrid.

Peiró Martín, I.,

1998 *Valores patrióticos y conocimiento científico: la construcción histórica de España.* En C. Forcadell (coord.), *Nacionalismo e historia*, pp. 29-50. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza.

Quatrefages, M. A. de,

1886 Préface. En E. Cartailhac, *Les Ages Préhistorique de l'Espagne et du Portugal*. Ch. Reinwald Libraire, Paris.

Rasilla, M. de la,

1983 Distribución y dispersión de yacimientos paleolíticos en Asturias y Santander. En *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, Tomo I, pp.171-178. Ministerio de Cultura, Madrid.

1989 Secuencia y crono-estratigrafía del Solutrense cantábrico. *Trabajos de Prehistoria* 46: 35-46.

Ripoll, E.,

1994 *El abate Henri Breuil (1877-1961)*. UNED, Madrid.

Rodríguez Asensio, J. A.,

1983 *La presencia humana más antigua en Asturias*. Estudios de Arqueología Asturiana, 2. Fundación Pública de las Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias, Oviedo.

2001 *Yacimiento de Cabo Busto. Los Origenes Prehistóricos de Asturias.* Gran Enciclopedia Asturiana, Oviedo.

Sanz de Sautuola, M.,

1880 *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la Provincia de Santander*. Imp. de Telesforo Martínez, Santander.

Sieveking, A. G.,

1987 *Engraved Magdalenien Plaquettes. A regional and stylistic analysis of stone, bone and antler plaquettes from Upper Paleolithic sites in France and Cantabria, Spain.* B.A.R. International Series 369, Oxford.

Sierra, L.,

1909 Notas para el Mapa Paletnográfico de la Provincia de Santander. En *Actas del Primer Congreso de Naturalistas Españoles*, pp.103-117. Zaragoza.

Straus, L. G.,

1975 El Solutrense de las cuevas del Castillo y Hornos de la Peña (Santander). *Trabajos de Prehistoria* 32: 9-19.

1977a Thoughts on Solutrean Concave Base Point Distribution. *Lithic Technology* 6, 3 : 32-35.

1977b On deerslayers and mountain men: Paleolithic faunal exploitation in Cantabrian Spain. En L. Binford (ed.), *For Theory Building in Archaeology*, pp. 41-76. Academic Press, New York.

1979a Cantabria and Vascongadas 21.000-17.000 BP toward a solutrean settlement pattern. *Munibe* 31: 195-202.

1979b Notas teóricas sobre el Solutrense en Asturias. *Boletin del Instituto de Estudios asturianos* 96/97: 473-483.

1980 The role of raw materials in the lithic assemblage variability. *Lithic technology* 9: 68-72.

1981 On the diet and habitat of *Cervus elaphus. Munibe* 33: 175-182.

1982 Carnivores and cave sites in Cantabrian Spain, *Journal of Anthropological Research* 38 -1: 75-96.

1983a *El Solutrense Vasco-Cantábrico. Una nueva perspectiva*. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 10. Ministerio de Cultura, Madrid.

1983b Observations on Upper Palaeolithic art: old problems and new directions. *Zephyrus* 34/35: 71-80.

1986 Late Würm adaptive systems in Cantabrian Spain. *Journal of Anthropological Archaeology* 5: 330-368

1992 *Iberia before the Iberians. The Stone Age Prehistory of Cantabrian Spain.* University of New Mexico Press, Albuquerque.

Straus, L. G., Clark, G. A. (eds.),

1986 La Riera Cave. Stone-Age Hunters-Gatherer Adaptations in Northern Spain. Anthropological research Papers, 36. Arizona State University, Tempe.

Utrilla, P.,

1981 *El Magdaleniense inferior y medio en la costa cantábrica*. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 4. Ministerio de Cultura, Santander.

1982 El yacimiento de la Cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra). *Trabajos de Arqueología de Navarra* 3: 203-346.

1984 ¿Es un útil el raspador nucleiforme?. En *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica* (Soria 1981), pp. 169-174. Ministerio de Cultura, Madrid.

1994 Campamentos-base, cazaderos y santuarios. Algunos ejemplos del Paleolítico Peninsular. En J. A. Lasheras (ed.), *Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray,* pp. 97-110. Museo y Centro de Investigación de Altamira, monografía 17. Ministerio de Cultura, Madrid.

1996 La sistematización del Magdaleniense Cantábrico: una revisión histórica de los datos. En A. Moure (ed.), *«El Hombre fósil» 80 años después*, pp. 211-248. Universidad de Cantabria y Fundación Marcelino Botín, Santander.

Vega, G.,

1983 Los problemas del Paleolítico Medio en España. En *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch,* Tomo I, pp.115-130. Ministerio de Cultura, Madrid.

Vilanova y Piera, J. de,

1972 *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre.* Madrid.

VV.AA.,

1984 *Primeras Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica* (Soria 1981). Ministerio de Cultura, Madrid.